

Bessons, y el del español al conde de Aguilar, pero la rivalidad entre ambas naciones era tal, que los dos generales tuvieron que separar sus campos, y Felipe para evitar las funestas consecuencias que eran de temer, fué á ponerse él mismo á la cabeza de las tropas en Aragon. Estaba al frente de las de los aliados el mariscal Staremberg, y Felipe se atrevió á presentarle la batalla en Almenara, en la que sus tropas en gran parte bisonas y mandadas por generales inexpertos, fueron fácilmente desbaratadas. Con los restos que pudo reunir se retiró á Zaragoza, en donde sufrió una completa derrota en el monte Torrero, (20 de Agosto de 1710) no obstante la brillante resistencia que hicieron los soldados españoles.

Con esta victoria les quedó á los aliados abierto el camino de Madrid, en donde entraron por segunda vez (1.^o de Octubre de 1710) habiéndose retirado la corte y todos los tribunales á Valladolid. El archiduque hizo su entrada en la capital, (8 de Octubre) haciendo se le proclamase rey de España, pero no encontró quien lo aplaudiese y todos los habitantes manifestaron la máyor decision por Felipe. Quisose exigir el juramento de fidelidad á algunos grandes, que por su edad ó enfermedades no habian podido retirarse con la corte, y contestando por todos el anciano marques de Mancera, virey que habia sido de Méjico, dijo: que "desde su niñez habia aprendido á no reconocer mas que un Dios y un rey, y que no va-

riaria de principios cuando tenia ya un pié en el sepulcro.' Algunos sin embargo se decidieron por el archiduque.

Las desgracias habian menudeado sobre las armas francesas: los ejércitos de Luis habian sido vencidos en Alemania por los ingleses mandados por el duque de Marlborough y en Italia por los austriacos y piamonteses, á cuya cabeza estaba el príncipe Eugenio y el duque de Saboya, que se habia declarado contra su yerno. En consecuencia de estas derrotas los aliados se apoderaron de todas las plazas que le quedaban á la España en Flandes, y en Italia del Milanés, habiendo en seguida ocupado el reino de Nápoles el general austriaco conde de Daun. Perdiéronse tambien la Cerdeña y los presidios de la costa de Toscana, y desde el principio de la guerra los ingleses se hicieron dueños de Gibraltar, y en el progreso de ella de las islas Baleares. Tantos reveses obligaron á Luis á solicitar la paz, pero las condiciones con que se la concedian los aliados eran tales, que se le queria obligar á emplear sus tropas para arrojar del trono de España á Felipe. Viendo que no le quedaba mas partido que seguir la guerra, tomó esta resolucion diciendo: "pues que quieren obligarme á hacer la guerra á mis hijos, vale mas hacérsela á mis enemigos." Felipe, que habia estado inclinado aún á abandonar la España, trasladándose á Méjico, tomó la heroica determinacion de no contar mas que con

sus propios recursos confiando en el valor de los leales castellaos, que tantas pruebas le habian dado de su constancia y firme adhesion por su causa.

En España faltaba mas que todo, acierto en la direccion de las operaciones. Conociéndolo así Luis XIV dió el mando en jefe del ejército frances y español al mariscal duque de Vandoma, quien reuniendo las fuerzas dispersas, reforzándolas con las que de nuevo se mandaron de Francia, é inspirándoles nuevo valor y aliento, se acercó á Madrid, de donde Cárlos habia salido anticipadamente tomando con dos mil caballos el camino de Cataluña [11 de Noviembre de 1710]. Los aliados se retiraron á Toledo, donde parecia estaban resueltos á defenderse, pero abandonando aquella ciudad cuyo alcázar quemaron, se pusieron en marcha para volver á Aragon. Los ingleses mandados por Stanhope cubrian la retaguardia, y Staremborg marchaba á alguna distancia con el centro y vanguardia. Vandoma los siguió y aprovechando una ocasion favorable, atacó á los ingleses en Brihuega obligándolos á rendirse despues de una resistencia desesperada (9 de Diciembre de 1710). Staremborg que volvia á su socorro, fué batido en la célebre batalla de Villaviciosa (10 de Diciembre) ganada por las tropas españolas exclusivamente, y pudo con dificultad volver á Zaragoza con los restos de su ejército. Vandoma fué reconocido por el restaurador de la monarquía española.

Habia muerto entre tanto el delfin de Francia, padre de Felipe y la corona correspondia á un niño de tierna edad y débil salud que fué despues Luis XV. Tambien habia fallecido el emperador José, hermano del archiduque Cárlos, quien por esto entraba en posesion de los estados hereditarios de su casa, con lo cual el objeto que se habia tenido en la formacion de la triple alianza quedaba invertido, pues siendo el fin de aquella conservar la balanza del poder en Europa, esta se alteraba reuniéndose en un mismo individuo la corona de España y los estados de Austria, tanto como por la reunion de la España y de la Francia en una misma familia. El cambio de ministerio verificado por este mismo tiempo en Inglaterra hizo pasar el poder á manos de personas favorables á la paz, y el único obstáculo que á ella se oponia, que era el temor de que las coronas de Francia y de España pudiesen reunirse sobre una misma cabeza, se tuvo por removido con la nueva renuncia que Felipe hizo (5 de Noviembre de 1712) de todos sus derechos al primero de estos reinos y la de los príncipes franceses al trono de España. Satisfecha con esto la Inglaterra, procedió á entrar en negociacion con la Francia y la España, sin contar con sus aliados. Estos se tuvieron por ofendidos y el emperador resolvió seguir la guerra por sí solo, pero habiéndose separado el ejército inglés del austriaco, el príncipe Eugenio fué rechazado por el mariscal de Villars en las lineas de Denain, y este re-

ves inclinó tambien al emperador á la paz con Francia, aunque no con España, no queriendo renunciar sus derechos á aquel trono. Cada potencia hizo su tratado separado, coincidiendo todos en los puntos esenciales con el que se firmó en Madrid entre Inglaterra y España el 21 de Marzo de 1714, y se ratificó por el de Utrech en 11 de Abril de aquel año. Luis XIV dirigió la negociacion de tal manera, que todos los sacrificios que habian de hacerse recayesen sobre la España, y en substancia las condiciones que se convinieron fueron la division de esta monarquía, á la manera que se habia intentado ántes de comenzar la guerra. Felipe fué reconocido por rey, pero cedió los Países Bajos, Milan, Nápoles y Cerdeña á la Austria; la Sicilia de que la España se habia mantenido en posesion durante la guerra, fué el premio de la mala fé del duque de Saboya, con el título de rey; Inglaterra se quedó con Gibraltar y la isla de Menorca, y se le volvió á conceder "el asiento," que era el odioso privilegio de introducir negros esclavos en el continente é islas de América: tráfico que aquella potencia tenia entónces tanto empeño en fomentar, como despues ha tenido en extirparlo, sirviéndose de aquel privilegio miéntras subsistió, para hacer á su sombra el contrabando en las posesiones españolas.

Solo los catalanes no habian querido ceder y fieles á la causa que una vez abrazaron, resolvieron sostenerla aun viendo partir al archiduque, quien para

que no le impidiesen salir de Barcelona y trasladarse á Italia con el fin de pasar á sus estados hereditarios, tuvo que dejar en aquella ciudad á la archiduquesa su esposa, como prenda de que no los abandonaba, asegurando en una solemne declaracion, (6 de Septiembre de 1811) que volveria y haria los últimos esfuerzos para terminar la guerra, cuyos males sufrían con tanta constancia. Elevado despues al trono imperial, aunque no hizo la paz con España ni reconoció como rey á Felipe, conservando él mismo este título, celebró con la Francia y la Inglaterra un convenio particular, por el que se obligó á sacar sus tropas de Cataluña, y de las islas de Mallorca é Ibiza, y á una suspension de armas en Italia hasta la paz general, concediéndose por el rey de España una amnistía en favor de los catalanes, y obligándose la Francia y la Inglaterra á mediar para que se les conservasen sus privilegios. Los catalanes no se desalentaron viendo salir á la emperatriz y las tropas austriacas, y resolvieron constituirse en república, declarando con la mayor resolucion la guerra á la Francia y á la España.

Felipe, á quien la paz que se acababa de celebrar permitia disponer de todas sus tropas, hizo marchar un gran número de ellas á Cataluña, y habiendo reducido una en pos de otra las ciudades mas importantes del principado que se conservaban adictas á la revolucion, su ejército mandado por el duque de

Pópoli, puso sitio á Barcelona y comenzó á bombardear la ciudad. Luis XIV, para activar las operaciones del sitio, envió otro ejército de veinticinco mil hombres, á las órdenes del mariscal duque de Berwick, por haber muerto el de Vandoma en el reino de Valencia de un ataque apoplético, cuyo cadáver por muy especial honor, fué conducido al Escorial y enterrado en la bóveda de los infantes. Los sitiados, á quienes se ofreció la seguridad personal y de sus propiedades, no quisieron oír proposición alguna, si no se les conservaban sus fueros. Los sitiadores abrieron la trinchera y colocaron en batería para romper el fuego sobre la ciudad noventa cañones de grueso calibre y veinticuatro morteros. Mandaba en la plaza D. Antonio Villaroel, que en la batalla de Villaviciosa se habia distinguido en el cuerpo del centro del ejército aliado á las órdenes de Staremberg. El entusiasmo del pueblo se encendia con el ejemplo de los eclesiásticos que se pusieron á su cabeza y lo exhortaban en los sermones, á excepcion de los jesuitas, que permanecieron fieles á Felipe: los mas exaltados eran los capuchinos, que para distinguirse se habian puesto cintas de colores en las barbas. Después de muchos ataques vigorosos, Berwick logró apoderarse de las obras exteriores y alojar sus tropas en el interior de la ciudad, pero en esta habia que dar un ataque á cada casa y que empeñar un combate en cada calle. Al fin los sitiados, reducidos al

último extremo, para evitar la ruina completa de la ciudad se rindieron, (12 de Septiembre de 1714) dándoles seguridad para sus personas y bienes y pagando una suma determinada para satisfacer á los soldados en vez del saqueo. Villaroel fué destinado al castillo de Alicante: el obispo de Albarracin con doscientos eclesiásticos fueron desterrados á Italia, y otras personas de las mas temibles fueron distribuidas en diversas ciudades. Cataluña perdió sus fueros y quedó sujeta al dominio absoluto del rey. En seguida fueron ocupadas por las tropas de Felipe las islas de Mallorca é Ibiza, y de esta manera quedó asegurada la familia de Borbon sobre el trono de España, debiendo á la suerte de las armas y al consentimiento de todas las potencias, lo que podia faltar á su derecho. Los castellanos dieron en esta guerra las pruebas mas señaladas de fidelidad, y el teson con que defendieron la causa de Felipe y su actividad en perseguir al enemigo por medio de las partidas de guerrilla que por todas partes aparecieron, hizo conocer al general inglés Lord Galloway, é informarlo así á su gobierno, que contra un pueblo que de esta manera se sostenia, era imposible hacer triunfar la causa del archiduque. Mucho perjudicó á este el modo de manejarse de sus aliados, pues siendo estos en la mayor parte protestantes, los desacatos que cometieron en los templos y la profanacion de los objetos mas venerados del culto católico, hicieron para los espa-

ños de la guerra de sucesion una guerra religiosa.

Miéntas en España se debatía de una manera tan sangrienta quien había de ser el soberano, la América toda permanecía en la mayor calma, sin resentir otros males que los consiguientes á la interceptacion de las comunicaciones marítimas, obedeciendo á Felipe y en espera de que la suerte de las armas decidiese á quien había de reconocerse por rey de España y de las Indias.

Apénas se había terminado la guerra, cuando falleció la reina D^a María Luisa de Saboya, (14 de Febrero de 1714) que había acompañado á Felipe en todas las vicisitudes de ella, dando pruebas de una gran constancia y resolucion. Dominábala enteramente la princesa de los Ursinos, por la que tenía tanto interes, que prevaleció sobre Felipe para que insistiese al hacer la paz, en que se formase para la Ursinos una pequeña soberanía independiente en la ciudad de Limbourg en los Países Bajos, con treinta mil ducados de renta: solicitud que fué apoyada por la Inglaterra, pero que no admitieron las demas potencias. Del matrimonio de Felipe con D^a María Luisa quedaron D. Luis, jurado príncipe de Asturias por las cortes reunidas á este efecto, segun costumbre, en el monasterio de S. Gerónimo de Madrid, y D. Fernando, que ambos le sucedieron en el trono: otros dos infantes fallecieron de corta edad.

En la campaña de Italia, el duque de Vandoma